

El puente romano

I

A mediados del siglo primero anterior a nuestra Era, ni la Córdoba romana amurallada debía extenderse hasta la orilla del Guadalquivir, ni aún parece que hubiera próximo a ella puente de mampostería que estableciese fácil y constante comunicación entre ambos márgenes del río. Si acaso alguno de barcas.

Es opinión ésta un tanto aventurada, nueva sin duda, y personal; y desde luego contradice fundamentalmente, en lo conocido, las sustentadas hasta ahora por diversos historiadores y arqueólogos, que todos admiten, sin disputa, la existencia de un puente sobre el Betis en las inmediaciones de Córdoba, y todos dan por supuesto también, que el recinto fortificado de la Colonia Patricia, que el pretor M. Claudio Marcelo fundara hacia el año 169 o 152 antes de J.C., alcanzaba ya un siglo después, por su lado meridional, todo el desarrollo que a poco tuvo y luego conservó hasta el término de la dominación romana.

La ampliación del recinto murado de la ciudad hasta el río, debió hacerse algunos años después de la batalla de Munda, y es muy probable que coincidiera con la construcción del puente y que en cierto modo a ella estuviera subordinada. En otro trabajo, dedicado exclusivamente a exponer el problema general de las murallas y torres que constituyeron el sistema defensivo de Córdoba hasta nuestros días, nos ocuparemos de tal cuestión e intentaremos fundamentarla o explicarla.

La sangrienta, larga y porfiada lucha entre Julio César y los Pompeyo, padre e hijos, tuvo su desenlace a favor del primero, como es sabido, en la batalla de Munda. Córdoba y sus alrededores, sobre todo las márgenes del Guadalquivir o Betis, fueron teatro en tres distintas ocasiones de los accidentes de tal contienda. El propio Julio César, en sus tres libros *De bello civili*, y Aulo Hircio, que militó a sus órdenes, en los titulados *De bello alexandrino*, *De bello africano* y *De bello hispaniensi*, han dejado la narración más extensa y verídica que se conoce, como de actores y testigos de la misma. De tal relato existen varias traducciones en castellano, de las cuales merece citarse la de don Manuel de Valbuena.

No está completo ni resulta muy claro en algunos pasajes el texto de lo escrito por Aulo Hircio; pero a nuestro entender, sí lo bastante para que no podamos estar del todo conformes con ciertas interpretaciones, que historiadores y arqueólogos, cordobeses varios de ellos, dan a las operaciones militares que se desarrollaron en las cercanías de esta ciudad, sobre todo las que se refieren al ataque y defensa de un puente fijo, de mampostería sin duda, que suponen existente en el emplazamiento del actual o algo más abajo. Y no hablemos de ciertas maniobras, marchas y contramarchas, que resultan absurdas, aun para el menos perito en ciencia militar, y sobre todo para el que conozca algo la topografía de los alrededores de Córdoba.

Y vamos al texto original, o mejor a su traducción, la ya citada de don Manuel de Valbuena, impresa en Madrid en 1798, a ver que nos dice: (1)

Julio César, para asegurarse el dominio de la España Ulterior, vino a Córdoba, donde celebró un congreso. Dos días tan sólo se detuvo en esta ciudad; y después de dejar el mando de la provincia a Q. Casio Longino con cuatro legiones, se embarcó en Cádiz para Tarragona.

Tan buena traza se dió Q. Casio, que casi todos sus gobernados se le pusieron en contra, y en el mismo Córdoba fué objeto de un atentado cuando reunía sus tropas para llevarlas a Africa por orden de César. Salvó la vida, y después de tomar cumplida venganza, envió hacia el Estrecho las legiones que se habían de embarcar y él se fué a Sevilla a revisar las naves. (2)

Y sigue así el texto de Aulo Hircio, pág. 323 y siguientes, del tomo segundo de *Los Comentarios de Cayo Julio César*, traducción citada:

«Entre tanto L. Ticio, tribuno de los soldados de la legión provincial le avisó, que corría la voz, de que la legión treinta, que conducía el lugar-teniente Q. Casio, estando acampada junto a la ciudad de Ilora, se había amotinado; y que dando muerte a algunos centuriones, que se oponían a la jornada, se había encaminado a incorporarse con la segunda, que se dirigía también al estrecho por diverso camino. Con esta noticia partió de noche con cinco cohortes de la legión diez y nueve, y llegó por la mañana adonde estaba esta legión. Detúvose aquel día para examinar lo que pasaba, y luego pasó a Carmona. Habiéndose juntado aquí la legión treinta, la veinte y una, y además quatro cohortes de la legión quinta con toda la caballería, supo que los provinciales habían arrebatado quatro cohortes

(1) César, Cayo Julio.—«*Los Comentarios de Cayo Julio César*», traducidos en castellano por don Manuel de Valbuena.—Segunda edición.—Madrid MDCCXCVIII.—*Libro II de la guerra civil*, cap. IV, pág. 106 a 112.

(2) Hircio, Aulo.—«*Los Comentarios de Cayo Julio César*», traducidos en castellano por don Manuel de Valbuena.—Segunda edición.—Madrid, MDCCXCVIII.—*Libro de la guerra de Alejandría*, cap. VIII y IX, pág. 307 a 332.

en Óbúcula, se habían incorporado con ellas con la legión segunda, y elegido por su capitán a Q. Torio natural de Itálica. Juntó de repente el Consejo, y despachó a Marcelo a Córdoba para que la conservase a su devoción, y al lugarteniente Q. Casio a Sevilla. A pocos días se le avisó que se le había rebelado la audiencia de Córdoba, y que Marcelo, o de su propia voluntad ó precisado (pues sobre esto variaban las noticias) estaba de acuerdo con los cordobeses, y lo mismo dos cohortes de la legión quinta, que había de guarnición en la ciudad. Encendido en cólera con estas novedades, levantó el campo, y al día siguiente, llegó á Segovia, que está puesta sobre el rio Xenil...

Torio acercó á Córdoba las legiones veteranas, y para dar á entender que el principio del levantamiento no nacía de su genio sedicioso,.... decía públicamente que quería restituir la provincia á Cn. Pompeyo... Lo cierto es que Torio esto publicaba, y los soldados lo confesaban de tal manera, que llevaban el nombre de Pompeyo puesto en los escudos. Salió al paso á las legiones una gran multitud, no solo de hombres, sino de matronas y niños, suplicándoles que no maltratasen la ciudad entrando como enemigos; pues también ellos sentían con todos mal de Casio, y rogándolos no les pusiesen en la precisión de obrar contra César.

Movido el ejército con los ruegos y lágrimas de tanta gente, y viendo que para perseguir á Casio no era menester valerse de la memoria y nombre de Pompeyo, que tan aborrecido era Longino de los pompeyanos, como de los cesarianos, y que no podrían reducir á la Audiencia, ni á Marcelo contra la facción de César; quitaron de los escudos el nombre de Pompeyo, tomaron por su capitán á Marcelo, que ofrecía defender la parte de César, y le aclamaron por Pretor: se hicieron del bando de la Audiencia y *sentaron sus reales junto á la ciudad. En aquellos dos días puso Casio los suyos á quatro millas de distancia de la misma plaza en una eminencia á su vista de la parte de acá del rio Guadalquivir.* Despachó mensajeros al Rey Bogud, á la Mauritania, y á M. Lépido proconsul de la España citerior, para que viniese quanto antes á su socorro y de la provincia por respeto de César. Y él á manera de enemigo entró por las tierras de los cordobeses, talando y abrasando los campos y edificios.

A la vista de esta fealdad y ignominia vinieron a la presencia de Marcelo las legiones que le habían elegido por su capitán, pidiéndole que las sacase a campaña... *Marcelo... pasó el Guadalquivir con las legiones, y las formó en orden de batalla.* Mas viendo que Casio tenía formadas las suyas al frente de su campo en lugar ventajoso, pudo persuadir á los soldados á que se retirasen á los reales, con el pretexto de que no se aventuraba Casio al campo raso; y así empezó á recoger sus tropas. Arremetió Casio a los legionarios con la gente en que conocía ser superior y Marcelo inferior, que era la caballería, *y mató mucha gente de la retaguardia en la*

orilla del río. Conocido con esta pérdida el defecto, y la dificultad de pasar el río a vista del enemigo, mudó Marcelo su real de otra parte del Guadalquivir; y ambos sacaron diferentes veces las legiones al campo de batalla; pero no se llegó al trance de pelear por las dificultades del terreno...

Estando los dos exercitos uno enfrente de otro en ademán de pelear, y habiendo tomado Marcelo un sitio á propósito para levantar un fuerte, desde donde podía cortar el agua a los contrarios, temió Longino no fuese encerrado con una especie de cerco en tierras donde no estaba muy bien quisto, y saliéndose del campo en el silencio de la noche, partió á toda prisa á Montemayor, la qual ciudad esperaba que le sería fiel.»

De lo transcrito se infiere: que las legiones sublevadas se acercaron a Córdoba por la margen derecha y las de Casio acamparon al otro lado del Guadalquivir en una altura inmediata a la actual carretera; que el paso del río lo debió realizar Marcelo, bien con barcas, o por el vado de la presa de Martos o alguno superior, pues aguas abajo el cauce era más profundo; y que no debía existir puente de ninguna clase, ya que no se le nombra, y porque de haberlo estaría defendido por alguna fortificación avanzada, que hubiera evitado el desastre padecido por Marcelo en la retirada a través del río. Acampó Marcelo en el Campo de la Verdad y alturas inmediatas hacia su izquierda, cuando trasladó sus reales a la otra margen.

Pasa algún tiempo. Vencido Farnaces y recobrada el Africa por Julio César, los que escaparon de aquellas derrotas se entraron en España con Cn. Pompeyo el mozo, el cual poco a poco se fué apoderando de la provincia Ulterior. Y sigue así el texto de Aulo Hircio en las páginas 446 y siguientes: (3)

«Siendo César Dictador tercera vez, y nombrado de nuevo para el año siguiente, después de tantas expediciones, habiendo venido a concluir la guerra de España, salieron a recibirle unos diputados de Córdoba, que habían abandonado la facción de Pompeyo; los cuales le dixeron *que aquella misma noche se podría tomar la ciudad*, porque aún no sabían sus contrarios que él estaba en la provincia,.....

Estaba a la sazón Sexto, hermano de Cn. Pompeyo, con guarnición en Córdoba, que pasaba por capital de la provincia; y Cn. Pompeyo se ocupaba ya había algunos meses en el cerco de Montemayor. Luego que se supo aquí la llegada de César, salieron diputados burlando los centinelas de Pompeyo, a suplicarle que los socorriese quanto antes le fuese posible. César, sabiendo que aquella ciudad había servido con mu-

(3) Hircio, Aulo.—«*Los Comentarios de Cayo Julio César*», traducidos en castellano por don Manuel de Valbuena.—Segunda edición.—Madrid, MDCCXVIII.—*Libro de la guerra de España*, cap. I, pág. 445 a 454.

cha lealtad en todos tiempos al pueblo romano, *mandó que a cosa de las nueve de la noche* partiesen seis cohortes con igual número de gente de á caballo; á los quales dió por cabo un oficial conocido en la provincia, y muy inteligente, llamado L. Junio Pacieco. Llegó éste con las tropas al campo de Pompeyo á tiempo que se levantó una gran tempestad, con tan furioso viento, que impendía el verse unos a otros, y aún conocer cada uno el que iba á su lado.....

Enviada esta guarnición a Montemayor, para apartar César de este sitio a Pompeyo, dirigió su marcha a Córdoba. Destacó sobre la marcha con la caballería una partida de gente esforzada de las legiones, los quales quando estuvieron á la vista de la ciudad, se pusieron á las ancas de los caballos. Esto no lo podían advertir los cordobeses. Y así cuando los vieron llegar cerca, salió un número considerable de la ciudad con resolución de deshacer aquella banda de a caballo. En esto echaron pié a tierra los legionarios que dixe, y los atacaron con tanta furia, que de una multitud casi innumerable, volvieron muy pocos a la plaza. Conmovido Sexto Pompeyo de esta desgracia, escribió a su hermano que viniese con prontitud a socorrerle, no fuese que tomase César á Córdoba antes que él llegase. En vista de esta carta de su hermano, Cn Pompeyo estando ya a punto de tomar a Montemayor, levantó el cerco, y tomó con sus tropas la vuelta de Córdoba.

Habiendo llegado César al Guadalquivir, y no pudiendo vadearle por su profundidad, hizo echar en él unos grandes cestos llenos de piedras, sobre los quales construyó un puente de dos filas de gruesas vigas, que enlazadas tomaban desde el principio del puente hasta el otro cabo de la parte de la ciudad, y así pasó el ejército en tres veces. Pompeyo vino con sus tropas al mismo parage, y acampó enfrente de él. César, para quitarle la comunicación de la ciudad, y cortarle los víveres, hizo levantar una trinchera desde su campo hasta el puente. Lo mismo, y con el mismo designio hizo Pompeyo. Aquí entró la disputa entre los dos generales sobre quien ocuparía primero el puente: por lo que trababan diariamente conti-nuas escaramuzas, en que ya unos, ya otros quedaban superiores.... Así estuvo César muchos días haciendo vivas diligencias por sacar á los enemigos a campaña rasa, y dar quanto antes fin a la guerra.

Mas viendo que el enemigo no estaba de este parecer, aunque él le había apartado del camino para traerle á lo llano, *pasó por la noche el río con sus tropas*, mandando hacer grandes fuegos en el campo, y tomó la vuelta de Teba la Vieja, que era una de las plazas más fuertes del enemigo. Avisado de esto Pompeyo por los desertores, hizo retirar aquel día muchos carros y ballestas que había dexado en el camino por ser embarazado y estrecho; y se entró en Córdoba.»

De lo expuesto deducimos las siguientes conclusiones;

1.^a Que César llegó hasta muy cerca de Córdoba por la parte Sur del Guadalquivir y estuvo acampado no muy lejos también de Ullia, en lugar equidistante a menos de una jornada de una y otra población. 2.^a Que las fuerzas de caballería y legionarios que envió destacadas contra Córdoba, debieron vadear el río no muy lejos de ella, aguas arriba; y dueñas del campo después de la completa derrota de los cordobeses, sentar sus reales en las inmediaciones de la ciudad. 3.^a Que no habría puente alguno, ni de mamposería ni de barks, cuando César, apesar de ser dueño de la situación en ambas márgenes del río, tuvo que construir uno provisional para trasladarse a la orilla derecha con el grueso de su ejército: resto de la infantería, máquinas de guerra e impedimenta: 4.^a Que el tendido de este puente se hizo sobre alguno de los vados próximos y por encima de la ciudad, tal vez el de la presa de Martos; y que como defensa de él, construiría en la margen izquierda una cabeza de puente y algún fuerte avanzado sobre la colina más inmediata: la de la Torre del Telégrafo. 5.^a Que Cn. Pompeyo, cuando vino en auxilio de su hermano Sexto, encerrado en Córdoba, debió acampar en el mismo sitio donde años antes lo hizo Q. Casio Longino, o sea en las alturas inmediatas a la actual carretera: las llamadas hoy Los Visos. 6.^a Que la trinchera que Cesar levantó para impedirle a Pompeyo su comunicación con la ciudad, iría desde el río y la cabeza de puente al campamento o fuerte que hubo de construir sobre una de las alturas próximas; así como la que Pompeyo erigió, seguramente para restarle a César los auxilios que le vinieran de Ullia, estaría entre su campamento y la orilla del Guadalquivir. 7.^a Que Julio César, cuando se marchó en dirección á Ategua, lo hizo directamente por la campiña, a resguardo del fuerte o campamento que en ella tenía; y las tropas que repasaron el río, parte por los vados y otras por el puente provisional, simultáneamente para ganar tiempo, fueron las que estaban en la orilla derecha. Y 8.^a Que el puente provisional no debió ser destruído por las tropas de César, puesto que las de Pompeyo lo utilizaron al día siguiente para meter en Córdoba su impedimenta.

«Después de la acción ya dicha—(batalla de Munda, que se dió el 17 de Marzo del año 45 antes de J.C.)—teniendo César cercada á Munda, se encaminó á Córdoba. Los que se refugiaron aquí después de la derrota se hicieron dueños del puente. Quando llegaron los nuestros, empezaron á insultarlos con mil oprobios... Y se pusieron en defensa del puente. César pasó el rio y acampó delante de la ciudad.»

Sin duda alguna este puente era el provisional que semanas antes había construído Julio César, bastante defendible por la fortificación adelantada que debía conservar. Por no perder tiempo, César vadearía el rio, cosa ya facil, pues la estación estaba avanzada.

II

Nada de extraño tiene, que por aquella época no existiese en Córdoba o en sus inmediaciones puente alguno fijo y de piedra. Las circunstancias no eran aún las más favorables, ni muy apremiante la necesidad de llevar a cabo obra de tal importancia, ya que siendo navegable el Betis hasta Córdoba, bastarían los mismos barcos para establecer relaciones comerciales y de comunicación entre todos los pueblos y comarcas ribereñas. Y menos sorprenderá esta observación, si se considera, que hasta muy entrado el siglo XIX no se construyó sobre el Guadalquivir, por bajo de Córdoba y hasta el mar, puente alguno de mampostería, fuera del que, según los historiadores, hizo construir Almanzor en el año 989 de nuestra Era hacia la Alameda del Obispo, y que bien pronto sería destrozado por la impetuosa corriente del río en una de sus frecuentes y terribles avenidas. Aún pueden verse, en los estiajes, las ruinas de su estribo derecho. (4) y (5).

Obra de tal empeño y de tan difícil ejecución, sobre un río de corriente tan anormal y violenta como la del Betis, debió obedecer a una razón en extremo poderosa, no eludible ni aplazable. Y sin duda fué la construcción de la vía romana de la cual hubo de formar parte.

La red de caminos romanos de España, como afirma Schulten en su obra *Hispania*, es del tiempo de Augusto, y entonces se pusieron también en los caminos las piedras miliarias que marcaban las distancias. Augusto construyó la más importante de todas las vías, la *Vía Augusta*, que desde los Pirineos bajaba por Tarragona, Sagunto, Valencia y el Betis al Océano. Esta vía entraba en la Bética por Castulo, entre Linares y Jabalquinto, donde estaba el templo de Jano Augusto que citan las miliarias, y pasaba por Córdoba y atravesaba aquí el Betis por el puente que entonces debió construirse. (6).

Que era la *Vía Augusta* y no otra la que por nuestra población cruzaba, y luego, salvando el río por un puente, emplazado precisamente en el sitio del actual, seguía por la campiña, lo comprueban, entre otros, los siguientes descubrimientos arqueológicos:

En la calle de San Pablo, hace bastantes años, fué reconocida esta vía militar en unos 50 metros, estando formada por grandes losas con dos ranuras paralelas, y tendidas en ellas unas planchas de hierro, como los actuales rieles de los ferrocarriles, pero completamente planas. Algo pa-

(4) Ramírez de Arellano, Rafael.—*Historia de Córdoba*.—Ciudad Real, 1915 a 1918 —Tomo III, pág. 327.

(5) Sánchez de Fera, Bartolomé.—*Palestra Sagrada* —Tomo IV, pág. 64.

(6) Schulten, Adolfo.—*Hispania*.—Traducción del alemán, por Pedro Bosch Gimpera y Miguel Artigas Ferrando.—Barcelona, 1920.—Pág. 122 y 123.

recido a lo que hoy día se hace y hemos visto en los caminos de los alrededores de Valencia. (7).

Al abrir los cimientos para las obras del Crucero o Capilla Mayor de la Catedral, en el año 1533, se encontraron dos columnas miliarias, que hoy están colocadas a ambos lados del arco o puerta de las Bendiciones, en el patio de los Naranjos. Una es del tiempo de Augusto y la otra de Tiberio y las dos marcan la misma distancia en millas o miles de pasos: 114, desde el templo de Jano Augusto, junto al Betis, hacia el Océano. La circunstancia de encontrarse juntas, así como la de señalar iguales medidas e itinerario, indican que sobre poco más o menos ambas miliarias se hallaban por su primitivo emplazamiento, máxime teniendo en cuenta que 114 millas romanas es la distancia que aproximadamente existe entre aquel lugar y las ruinas de la antigua Castulo. (8).

Otra miliaria, que se descubrió el año 1734 en el cortijo de Villa Realejo, por encima de la Cuesta del Espino y como a unas dos leguas y media de Córdoba, también debía hallarse en su propio emplazamiento, pues lo que fija la distancia de 127 millas desde el templo de Jano Augusto, trece más allá de las anteriores. Fué erigida en tiempo de Augusto y en el mismo año que la encontrada en los cimientos de la Capilla Mayor de la Catedral, y formaba parte del lapidario de Villaceballos, hoy en poder del Marqués de Loring. (9).

Vaca de Alfaro cita otra columna miliaria, que en 1676 estaba aún en la puerta de Plasencia, pero de la cual no pudo leer más que: OCEANVM LXVI, esto es: hacia el Océano 116 millas. Acaso lo que entendió como XVI fuese XII, y siendo así también conservaría su primitiva localización: 112 millas desde el templo de Jano Augusto. (10).

Comprueban los vestigios y monumentos arqueológicos que hemos anotado, no sólo la existencia de la vía militar *Augusta* en su paso por Córdoba, sino también el trayecto que por la ciudad y extramuros de la misma debía seguir.

Seguramente alcanzaba esta vía lo que aún no era población formada, por la parte que andando el tiempo fué puerta de Plasencia, en cuyas inmediaciones se han encontrado muchas sepulturas romanas; y sabido es, que las de la gente principal se erigían a los lados de los caminos, fuera de las poblaciones. Desde aquí su dirección era la de las calles Mayor de San Lorenzo, Santa María de Gracia, Realejo y San Pablo; y por la que se

(7) Ramírez de Arellano, Rafael.—*Historia de Córdoba*.—Tomo I, pág. 173.

(8) Ramírez de Arellano, Rafael.—*Historia de Córdoba*.—Tomo I, pág. 109 y 112.

(9) Ramírez de Arellano, Rafael.—*Historia de Córdoba*.—Tomo I, pág. 112.

(10) Ramírez de Arellano.—*Historia de Córdoba*.—Tomo I, pág. 115.—La que hoy se conserva en el patio de los Naranjos, del tiempo de T. Claudio, que marca 112 millas, se encontró en Rabanales, en 1876.

ha denominado puerta del Hierro, penetraba en el recinto murado, siguiendo la vía principal urbana oriental, hoy Alfonso XIII, hasta la llamada por Sánchez de Feria plaza de las Legiones, próximamente la de las Tendillas o de Cánovas moderna, y descendía luego por la vía Sur principal urbana hasta la puerta meridional; y desde ella, cruzando la actual plaza de Benavente, entre las calles Céspedes y Velázquez Bosco, por el patio de los Naranjos, en cuya cisterna se encontró otra miliaria, y por la parte de la Mezquita correspondiente a la ampliación de Almanzor, oblicuando luego un poco a la derecha, llegaba a la orilla del Betis y atravesaba el río por el puente que al propio tiempo se construyó, sin duda; el cual, no sólo por su fortaleza, sino también por su decoración con edículas, estátuas, tal vez arcos monumentales de ingreso como en otros romanos, debía corresponder a la magnificencia de esta vía militar.

Quizás fuera de tipo semejante al puente construido sobre el Guadiana, junto a Mérida, en el camino de la Bética, cuyas partes más antiguas parecen ser de los tiempos de Augusto: de sillares almohadillados, con arcos de medio punto, estribos calados por pequeños huecos, que sirven de desagüeros en las grandes avenidas, y tajamares cilíndricos.

Del primitivo puente romano puede decirse que sólo quedan los cimientos. Los árabes lo encontraron derruido hasta el punto, de que no pudieron utilizarlo cuando pasaron el río para apoderarse de la ciudad. El emir As-Samah lo reconstruyó; pero una nueva avenida del Guadalquivir lo dejó inservible. De nuevo lo rehizo Hixem I.

De entonces acá son innumerables las destrucciones parciales que padeció y subsiguientes obras de restauración que se le hicieron. Casi todas están recogidas en el folleto o informe sobre el puente del ingeniero don Luis Sáinz y Gutiérrez. De unas y otras, las más notables por su importancia o por su valor histórico son los siguientes: (11 y 12).

En 1367, don Pedro I de Castilla, ayudado del rey moro de Granada, se vino sobre Córdoba, que había tomado partido por don Enrique de Trastámara. El Adelantado mayor Alfonso Fernández de Córdoba salió a combatirlo al otro lado del río; y para que sus tropas no tuvieran otro camino que el de vencer o morir, mandó volar o cortar dos arcos del puente. Estos desperfectos se repararon a poco.

En 1602 se hicieron dos arcos nuevos por los arquitectos don Tomás Ortega y don Francisco Agustín. En 1780 se hicieron nuevos los pretiles y antepechos por el ingeniero don Bernardo Otero. Desde 1877 a 1880 se

(11) Sáinz y Gutiérrez, Luis.—«*Datos históricos acerca de la construcción del puente llamado de Córdoba.*»—Revista de Obras Públicas.—Anales.—Año 1894.

(12) Ramírez de Arellano, Rafael.—«*Guía Artística de Córdoba.*»—Sevilla, 1896.—Páginas 75 y 76.

ha recalzado todo él por los ingenieros don Rafael Navarro y don Luis Sáinz, que descubrieron entonces el medio de que se valieron los romanos para trabajar en seco, abriendo un cauce profundo hacia el sexto espacio entre pilas y echando por él la corriente del río, volteando encima un arco, que aún se conserva bajo el agua.

En 1651 se puso en el puente la imagen de San Rafael, obra del escultor Bernabé Gómez del Río.

De los diez y seis arcos que hoy tiene el puente, ninguno es romano; de construcción árabe se conservan algunos, y los restantes son posteriores a la reconquista cristiana.

La última y absurda restauración lo ha desnaturalizado por completo, quitándole todo valor arqueológico.

JOSÉ DE LA TORRE.

Leído en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, el 13 de Mayo de 1922.

